

TESTIMONIOS DE PATRICIA VERDUGO

Así describió Patricia Verdugo cómo vivió el Golpe de estado que derrocó a Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973:

“Para el Golpe, tenía 25 años. Ya era periodista, ya que egresé de la Escuela de Periodismo de la UC a los 21 años. Vivía con mi familia, cerca del Estadio Italiano, en Las Condes. Estaba entonces casada con Edgardo Marín, periodista. Teníamos dos hijos: Felipe, de un año y medio, y Ángela, de sólo cuatro meses de edad.

La verdad es que mi eje emocional -durante el gobierno de la Unidad Popular- estuvo puesto en la maternidad. Porque nuestro hijo mayor murió en julio de 1971. Tenía poco más de un año. Su pérdida significó un dolor tan grande que usé toda mi energía para aferrarme a la vida, a la cordura.

Quedé embarazada muy pronto y Felipe nació en mayo de 1972. Y la Ángela nació en mayo de 1973. Durante la UP, por tanto, me la pasé entre embarazos y crianza de niños. Igual trabajaba y en varias partes "pituteaba" mucho. Creo que el trabajo fue clave para no enloquecer de dolor ante la muerte de mi hijo mayor. Y después el trabajo fue clave para ser una mamá lo más normal posible. De lo contrario me la habría pasado encima de mis guaguas, comprobando si respiraban o no.

Trabajaba -sin horario- en la revista *Ercilla*, cubriendo noticias del área de Salud y Ciencias especialmente. Era también encargada de Comunicaciones de la Mutual de Seguridad. Y, por si fuera poco, era ayudante de Relaciones Públicas en la Escuela Militar... hasta el Golpe.

Ese día 11 de septiembre yo no tenía que salir temprano de la casa. Primero me encargaba de los niños. Así que mi marido salió y volvió poco después, avisándome que había una asonada en marcha. Yo me quedé en la casa todo el día, escuchando radio y viendo TV al mismo tiempo. Tuve que calmar a los niños, porque los helicópteros en vuelos rasantes sobre la casa los asustaban mucho.

Vivíamos a pocas cuadras de la casa del Presidente Allende. Por eso era tan febril la actividad de los soldados en el barrio. Salí al jardín cuando escuché que venían los aviones. Tenía a mi hijo Felipe en brazos cuando comenzó el ataque contra la casa presidencial. ¡Fue aterrador! Ver los misiles salir disparados en diagonal desde los aviones fue una visión que me estremeció. Incluso un avión disparó en dirección contraria. Años después supimos que el error significó la destrucción de parte del hospital de la Fach. En todo caso, los aviones de guerra y el bombardeo de Tomás Moro, sumado al bombardeo de La Moneda, lo decían todo: había comenzado una pesadilla de proporciones. Recuerdo el color naranja de los distintivos de los soldados sobre el uniforme verde oliva. Cuellos y una franja en una manga. De color naranja.

Yo les veía hasta los rostros con claridad, pese a que sólo se asomaban de las puertas abiertas de los helicópteros, apuntando con ametralladoras hacia tierra. Recuerdo que la temperatura de mi cuerpo bajó. Tuve mucho frío. Ni dos chalecos lograban calmar mis escalofríos. Tomé mucho café, fumé un cigarrillo tras otro...

(Su hija Angelita moriría poco después también de muerte súbita).

Extracto de una de sus intervenciones en las que refiere al asesinato de su padre Sergio Verdugo (fue sacado a la fuerza de su hogar, en julio de 1976 y jamás regresó), en un congreso de Ingenieros

"Mi padre fue uno de ellos, ingeniero, casado, cuatro hijos, 50 años, militaba en un partido de centro, el partido Demócrata Cristiano. Su nombre, Sergio Verdugo. Su delito: ser presidente del sindicato de la empresa estatal en la que trabajaba y creer que podía intentar la defensa de los derechos adquiridos por esos trabajadores. Han pasado más de 28 años y lo ocurrido vive conmigo cada día. Escribí un libro con esta historia.

Ese libro lleva por título la dirección de la casa de mi padre. Se llama "Bucarest 1 8 7". "Yo evito pensar y hasta hablar de esta parte de la historia, porque duele demasiado. Imaginar el terror que sintió. Imaginar como le habrá saltado el corazón en el pecho al salir de la casa, sin poder siquiera escribir una nota pidiendo auxilio. Encontramos su cuerpo varios días más tarde en el río Mapocho, el río que atraviesa mi ciudad. En su cuerpo había huellas de tortura. De la peor de todas no había huella evidente. Solo el examen de sus pulmones podía indicar que el agua en que fue ahogado no era el agua de ese río café y barroso que tumba de tantos en mi país".